



Sobre
nosotros
Luis Sala

LUNWERG | Narrativa

Sobre nosotros

Luis Sala

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Luis Sala Miquel, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Primera edición: septiembre de 2025
Realización: Planeta

Lunwerk es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerk@lunwerk.com
www.lunwerk.com
www.instagram.com/lunwerk
www.x.com/Lunwerclubros
www.facebook.com/lunwerk

Diseño y maquetación: Lunwerk, 2025

Depósito legal: B. 8.666-2025
ISBN: 979-13-87761-11-0
Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio
Printed in Spain - Impreso en España



SUMARIO

Prefacio. Sobre mí	11
Prólogo. En un ave a Madrid	21

PRIMERA PARTE. NOSOTROS.

Capítulo 1. Cuando te conocí	29
Capítulo 2. Cuando empezamos	47
Capítulo 3. Cuando todo estaba bien	61
Capítulo 4. Cuando me lo contaste	81
Capítulo 5. Cuando nos quitamos las corazas	95
Capítulo 6. Cuando te fuiste	129
Capítulo 7. Cuando me vi solo	159
Capítulo 8. Cuando me fui	165

SEGUNDA PARTE. PRIMERA PERSONA DEL SINGULAR, YO.

Capítulo 9. Sobre llegar	179
Capítulo 10. Sobre volver a la ciudad y otros problemas	199
Posfacio	229

CAPÍTULO 1

CUANDO TE CONOCÍ

Un primer amor nunca está a la altura
de la imaginación desbocada que lo alimenta.

AYANTA BARILLI

Lo nuestro no fue un flechazo, ¿a que no? Yo no me enganché de ti en un bar o en un *pub* de primera línea de playa mientras tomaba un par de mojitos con mis amigos y uno de ellos me dijo que me girara porque alguien me estaba mirando. Tampoco lo hiciste tú en una de esas fiestas a las que íbamos, y en las que seguramente compartimos aire sin saberlo, en aquellos garitos a los que no he vuelto después de la pandemia que sacudió al mundo. Hace demasiado tiempo como para considerarla reciente, pero muy poco como para olvidarla. Habría podido ocurrir así, pero no sería nuestra historia, quizá sí una de las muchas que componen la película *Love Actually*, que sabes que me encanta. De todos modos, había posibilidades de que ocurriera, porque llegué a la conclusión de que tú y yo, a pesar de la edad, no éramos tan distintos.

Yo tenía veintidós años y unas ganas locas de que el mundo me absorbiera, de ver qué había más allá de los lí-

mites que yo mismo me había estipulado. Todo con miedo y prudencia, claro, pero siempre como los gatos: con curiosidad. Si el camino se bifurcaba en dos, ahí estaba yo para escoger el camino equivocado. Muerto de miedo, quizá, pero matando la curiosidad que, incansablemente, me invadía.

Vivíamos cerca, frecuentábamos sitios similares, aunque en días alternos. Tú eras de sábados, yo de viernes. Me encantan los viernes, ya lo sabes. Quizá me gustan más que los sábados porque estos preceden al domingo, que para mí siempre ha sido un infierno.

Eras frío, cuadriculado, un tanto frívolo al principio —y al final, ahí es cuando se conoce a las personas—, y muy ceñido tras tu coraza de cristal; mientras que yo por aquel entonces era descontrol, pasión y desorden. Recuerdo que me gustaba sentir, todavía me pasa a veces, pero con un poco más de cabeza. A lo mejor es que me has dejado puesta tu coraza, la que impide que alguien entre en el interior tan fácilmente.

Te escribí un viernes por la noche en el que supongo que había un par de copas de más de por medio y que la valentía que rara vez tengo afloró de forma casi automática. Algo que a día de hoy todavía no sé explicar me impulsó a hacerlo. Debió de ser el algoritmo de Instagram, porque teníamos contactos en común, o quizá todo estaba orquestado desde algún confín del universo para que sucediera así, o tal vez porque ese día nos tocaba conocernos sin saber qué nos iba a suceder, a ti y a mí, en un momento dado, en un futuro cercano. Quizá sucedió porque, en verdad, ya había sucedido. ¿Te acuerdas de aquella terraza en la que coincidimos cuando todavía no éramos nadie ni nada para el otro?

Cuando todo estaba bien. No nos hablamos entonces, todo quedó en nada, pero fue como si hubieras entrado ya en mí con la seguridad que desprendías, con el tono con el que hablabas y la risa que te caracterizaba. Debíamos de tener a alguien en común. No lo recuerdo bien, pero terminé sentado a la mesa de aquella terraza.

Tampoco recuerdo qué te puse en el mensaje ni cómo empezó la conversación, solo sé que no esperaba que me respondieras. Me parecías atractivo, pero no de la clase de guapos que no lo saben, sino más bien de los que lo tienen claro y por ello añaden una dosis de altanería al final de todas las cosas. Y después, fíjate tú, resultó que eras todo lo contrario. Sí, ahora tengo claro que, sin duda, hubo algún tipo de licor de por medio para que yo hiciera eso, porque si no, habría sido incapaz.

Una de mis muchísimas amigas —no intentes memorizar sus nombres, es imposible— siempre dice que soy más blando que la mierda de pato, y lo peor de todo es que tiene razón. Todo me afecta el doble que a ti, que estarás leyendo esto y puede que ni llegues a entenderme, pero ¿qué le voy a hacer? Llevo demasiado tiempo conteniendo sentimientos que destrozaron mi día a día como un tifón arrasa con todo a su paso. Quizá fue cosa del amor y yo, que siempre me había enorgullecido de no haber estado enamorado, finalmente lo sentí. El amor, un sentimiento irracional e inhumano con el que nos volvemos sumamente humanos.

Eras seco, quizá un poco cortado. «¿Quién es este y qué quiere?» Cuando nos conocimos y hablamos sobre nuestra primera conversación en redes sociales, admitiste que eso fue lo que pensaste de aquellos mensajes. Te tenía que sacar las palabras con cuentagotas para que la conversación no se ter-

minara; no quería que te fueras tan rápido. Me gustaba hablar contigo, tus mensajes de voz en tono *mezzo* que tanto me atraía, tu chulería en algunas conversaciones, la precaución que tenías ante el desconocimiento de lo que me podía doler o no. Era normal, no nos conocíamos de nada y tú, por aquel entonces, me veías como un crío.

Una tarde de mensajes, justo antes de que decidiéramos vernos, me preguntaste mi edad. Yo te la dije sin ningún problema mientras te preguntaba la tuya. Nunca esperé que me sacaras nueve años, pero tampoco me importó. Cuando empiezo a latir no hay quien me pare. Claro que, por aquel entonces, yo solo era kamikaze, lo de enamorado me llegó después.

Mensajes, mensajes y más mensajes. Todo el día, eran continuos. Siempre que miraba mi teléfono, había un signo de que habías estado por allí. No me tocabas, pero estabas más cerca de lo que me esperaba cuando te escribí aquel primer tímido mensaje. Tu boca no rozaba mi cuello, tampoco se enroscaba tu lengua en torno a él ni me lamía las estrías, pero te sentía muy cerca. Y eso se convirtió en hábito. No sé si a ti te pasó lo mismo conmigo.

Siempre he pensado que me engancho muy pronto a la gente, que el hábito se crea sin darme apenas cuenta. Quizá sea mi necesidad de sentirme querido. No quiero que pienses que no me siento así, para nada, me siento una persona de lo más afortunada con mi entorno, pero lo que sentí contigo fue distinto. No tengo claro si se puede llamar atracción a primera vista hacia una foto de las redes sociales, pero quizá sea la nueva forma que tenemos de enamorarnos las nuevas generaciones.

Mi abuelo, que hoy superaría los cien años, siempre contaba que, para que mi abuela se fijara en él, decidió ir a su

casa y llevarle milhojas de crema. Pero tuvo mala suerte, se fue la luz y el tranvía en el que viajaba se quedó parado en medio de la calle. Terminó comiéndose las milhojas, y de ocho, creo que no quedó ninguna intacta para cuando la luz decidió volver. A mí eso no me ha pasado, porque, para que te fijaras un poco más en mí, te hice un dibujo digital que te envié de forma instantánea. Sin conocerte, sin apenas saber nada de ti, porque al final lo mío nunca ha sido lo de meditar las cosas. Me encantan ese tipo de despropósitos, ¿qué le voy a hacer? Hay un dicho popular que dice que es mejor pedir perdón que permiso. En ese momento estaba yo por aquel entonces.

Aquel día salí de mi casa a toda prisa, cogí el autobús y me sentí como en una película de Hollywood. Lo que yo todavía no sabía era que para participar en el rodaje de *Love Actually*, primero tenía que saber actuar, y después interpretar un papel. Yo entonces no quería fingir nada. Tan solo quería dejarme sentir, dejarme fluir y que eso me arrollara como fuera. Lo que no sabía era que Alicante no es Hollywood, ni siquiera Palermo se puede comparar con mi ciudad. Aquí no hay papeles, solo gente que a veces intenta interpretar el suyo, y puede que sin éxito.

Era viernes. Quizá demasiado pronto para tratarse de un viernes; siempre se sale más tarde de casa. Yo venía de una relación *de viernes*. ¿Quién no ha tenido una relación *de viernes*? Las relaciones *de viernes* son relaciones *de viernes*. Te encuentras con la otra persona después del día, cenas, tomas algo —o *algos*— y terminas envuelto entre unas sábanas que no son las tuyas. Pero no hay solución en la vida cuando se juntan dos personas con gustos diferentes. Yo quería que aquello queda-

ra en los viernes, él, toda la semana. Hay cosas especiales que debemos destinar a un día, porque forzarlas hace que terminen pronto. Yo sentía que no quería más, él ya se sabía el juego. Llegado el momento, cuando la gente opinaba sobre lo que tenía que hacer, yo hice lo que quise. Todo el mundo debería sentirse deseado como un viernes por la noche, como tres copas de champán, como si la habitación girara, como si el otro estuviera borracho de amor. En vaqueros o satén, porque en viernes eso no importa. ¿Puede haber algo más *sexy* que tirar una blusa blanca de satén sobre un suelo de parqué y que luego le siga una pelea por desabrochar los botones del *denim* que se resisten a salir de su lugar? Veinticuatro horas no son suficientes para disfrutar de un viernes. Por eso, tras mucho pensarlo, decidí cortar aquello. Y volví a quedarme libre toda la semana.

Era viernes, un viernes cualquiera. Y lo único que yo tenía claro era que, sin saber a dónde iba, no quería otra relación *de viernes*. Había salido demasiado pronto de casa para llegar a la cita. Tres semanas hablando no eran suficientes para nada, pero sí para que el alacrán de la necesidad de verte fuese creciendo.

Recuerdo perfectamente qué llevaba puesto aquel día, al igual que me acuerdo como si fuera ayer de lo que llevabas tú cuando me tropecé contigo al llegar a al cine de aquel centro comercial frente al mar, lejos de la ciudad, medio envuelto en olor a palomitas dulces y mantequilla. Te vi justo delante de la tienda, rodeado de mil chucherías de colores y aromas tan diversos como nosotros dos: cítricos, algodón de azúcar, moras...

Yo llevaba esos pantalones que tantas veces me quitaste en el sofá de tu casa, con un jersey de cachemira negro de

manga corta, todo rematado por unas bambas beis y una gabardina extralarga. Tú, unos pantalones chinos de un azul prusiano —para mí, desde hace un tiempo todos los azules son prusianos, no sé qué me pasa— y una camiseta *marinière* blanca y azul metida por dentro. Yo esos pantalones no te los quité nunca, de eso te encargabas tú para cuando me quería dar cuenta.

Al verme, te acercaste sonriendo con socarronería, como tan bien hacías. Estabas tenso, lo recuerdo. Te vi levantar el brazo derecho para buscar mi mano, y yo me apresuré a darte dos sonoros besos sobre tus mejillas cubiertas por una barba castaño claro de tres días. Y ahí fue cuando tu olor me sorprendió. Era cítrico, mucho más fuerte que el mío, diría que hasta con un toque oceánico y unos leves aromas de olor a verano, que empezaba a vislumbrar por el horizonte. Respiré varias veces antes de que mi pituitaria se acostumbrara a tu aroma y ya no me quedara más que el recuerdo de tu olor.

Sabías jugar bien tus cartas. Aparentabas una tranquilidad que a mí no me salía. Después de nuestra breve presentación, empezaste a contarme algo que he olvidado mientras yo trataba de escanear el código de las entradas que llevaba en el móvil para que nos dejaran pasar. ¿Sabes esa ley de un tal Murphy que dice que, si algo puede salir mal, saldrá mal? Pues eso. Ese lector de barras no quería funcionar. Y mira que lo acerqué al panel de cuadrados rojos concéntricos, subí el brillo de la pantalla, cerré y volví a abrir. Lo hice todo, pero no había forma de conseguirlo mientras mi espalda se humedecía y una gota de sudor me resbalaba por la espina dorsal.

—¿Te ayudo? —me preguntaste conteniendo tu sonrisa socarrona.

Sabías que estaba nervioso y te encantaba provocar eso en mí; lo descubrí después en muchas ocasiones.

Levanté la cabeza de mi ensimismamiento y te sorprendí mirándome fijamente con esos ojos tan grandes que se llevan todo el protagonismo de tu rostro. Color verde claro con unos destellos marrones alrededor de la pupila, tan oscura como el azabache de la mía. Justo entonces, me sonreíste de la forma que sueles hacerlo, mostrando tus dientes, completamente alineados y un poco desgastados en la parte inferior por el paso del tiempo. Tus labios, perfectamente delineados, dibujaron esa arruga en la comisura que vería mil y una veces más.

Recuerdo que te di mi móvil para que lo sostuvieras mientras dejaba la mochila escolar de color granate en el suelo y me quitaba la gabardina de entretiempo, en un intento de que un poco de frío me rebajara el rubor que provocabas en mis mejillas. Entonces fuiste tú el que probó con el lector, pero tampoco funcionaba. Yo me reí de ti, no disimulé, ni tan siquiera un poco, y eso hizo que te picaras. A día de hoy, todavía pienso que gracias a tu cabezonería fue posible aquella tarde de cine. Me pediste que te las enviara a tu teléfono, buscamos otro lector y, cuando me quise dar cuenta, estaba comiendo cerezas en la butaca del cine, a tu lado. Si alguien me preguntara el porqué de las cerezas, la verdad es que no podría contestar. Estaban en la puerta de la sala a la que entramos.

Me encantan las cerezas. Diría que es de las pocas cosas que me gustan del verano. Odio que haga calor, y todavía más los interiores con aire acondicionado, porque hacen que

pierda la voz cuando menos me lo espero. Sé que cuesta de creer, pero yo salgo de fiesta en invierno y vuelvo con mi voz completa, pero si lo hago en verano, termina por abandonarme durante un par de días. Siempre me pasa igual y lo único que cambia en mis salidas es eso: el aire acondicionado. Pero las cerezas me gustan de verdad, quizá un poco más que las fresas y menos que los arándanos, que me encantan. Os invito a que los saboreéis, porque conozco a mucha gente que nunca los ha probado.

La primera vez que los probé debía de tener cinco años. En la quietud de un verano, en un rincón olvidado del jardín, descubrí por primera vez el sabor de los arándanos y las cerezas. Era un día de esos en los que el sol parece pintar todo de dorado y el aire huele a hierba fresca y tierra mojada tras una de esas tormentas de verano que deja el cielo completamente despejado. Con mi curiosidad insaciable, me adentré en el jardín de la casa del pueblo, un mundo desconocido y emocionante, porque al pueblo solo se va en verano. Allí, escondidos entre las hojas verdes y bajo la sombra de los árboles, encontré unos pequeños frutos de colores vibrantes. Primero probé un arándano: su sabor era una mezcla de dulzura y acidez, una explosión de matices que provocó que cerrara los ojos y sonriera, y que dejó una marca en mi carácter. Un juego entre contrastes dulces y ácidos. Luego me atreví con una cereza. Al morderla, el jugo dulce y refrescante inundó mi boca, dejándome una sensación de felicidad y satisfacción. Aquella experiencia me marcó. Los arándanos y las cerezas se convirtieron en mis frutas favoritas, un recuerdo de aquel verano y de los que vinieron después. Un recuerdo de mi infancia. Cada vez que los pruebo, vuelvo a ser aquel niño en el jardín, descubriendo el mundo

con ojos llenos de asombro y un corazón rebosante de sensibilidad.

Mientras comías cerezas, no parabas de hablar y los dientes se te manchaban con pequeñas y microscópicas gotas de un violeta oscuro cuando la piel de las cerezas reventaba contra ellos. Luego pasabas la lengua por ellos y las gotas desaparecían hasta que otra víctima volvía a tropezarse con tu boca. Recuerdo cómo esta se abría y, con un pequeño tirón, la parte comestible quedaba dentro y el rabito verde terminaba en el vaso, mientras tus labios, que no llegaban a ser ni finos ni gruesos, pero perfectamente delimitados del resto de piel, me seguían ofreciendo esa mueca amigable que adoptan cuando estás nervioso.

La película empezó a la hora prevista, pero era tan mala que me hubiera gustado que se retrasara o que no hubiera empezado. La elegí yo, claro. Tengo debilidad por el cine, en especial por esas películas que no elige nadie y que yo, a pesar de que sé que me voy a aburrir, decido ver. El que no lo sabía por aquel entonces eras tú, pero accediste a venir de todos modos. A veces me pregunto por qué me gusta ir al cine a aburrirme. ¿Es una manera de evadirme a otra realidad? ¿O quizá algo que conecta con mi yo infantil, que se aburría frente al televisor?

Cuando era niño, solía sentarme frente a la tele durante horas para ver programas que apenas entendía. No era tanto el contenido lo que me atraía, sino la experiencia en sí misma. La luz parpadeante, el zumbido suave, la sensación de estar en otro mundo. Era una forma de evasión, sí, pero también una forma de conexión. Conectaba con una parte de mí que se sentía cómoda en la soledad, que encontraba consuelo en la monotonía. Nunca he sido una persona muy socia-

ble. Se me da bien conectar con los demás como lo hice contigo, pero no me siento a gusto cuando la conexión se vuelve constante. Justo al contrario de lo que me sucedió contigo, que siempre quise más.

Como adulto, encuentro una sensación similar en el cine. No voy allí para entretenerme o para perderme en una trama emocionante. No me interesan las películas en las que pasan muchas cosas y reclaman una atención constante. Voy al cine para aburrirme, para sentarme en la oscuridad y dejar que las imágenes de la pantalla me laven. Para sentir la familiaridad del aburrimiento, la comodidad de la monotonía. Me pasa lo mismo cuando veo películas sentado en el sofá de casa. Me incorporo a medias, voy al baño, deambulo por otras habitaciones mientras la película sigue su curso y yo me la estoy perdiendo. Pero cuando decido volver a sentarme, ahí la tengo: dispuesta a aceptarme y a hacer que la entienda.

Es una forma de evasión, sí. Pero no es una evasión de la realidad, sino una evasión hacia ella. Hacia una realidad más simple, más tranquila, una realidad donde puedo ser yo mismo, sin las expectativas y las presiones del mundo exterior. En ese aburrimiento encuentro una especie de felicidad. Una felicidad tranquila, silenciosa, una felicidad que no necesita ser compartida o explicada. Una felicidad que simplemente es. Así que sí, me gusta ir al cine a aburrirme. Porque en ese aburrimiento encuentro una conexión. Una conexión con mi yo infantil, con mi yo adulto, con el mundo a mi alrededor. Y en esa conexión encuentro la paz.

Y en esa paz, por algo que desconozco a día de hoy, encajabas tú. En ese cine, con esa camiseta, con esos ojos.

El cine, para mí, es un santuario. Un lugar donde puedo dejar de lado las preocupaciones del mundo exterior y su-

mergirme en un estado de aburrimiento consciente. Es un espacio donde puedo permitirme ser pasivo, dejar que las imágenes y los sonidos me envuelvan sin tener que interactuar o responder. Este aburrimiento no es vacío, sino lleno de posibilidades. En el silencio y la oscuridad del cine, mi mente tiene la libertad de vagar, de explorar pensamientos e ideas que normalmente estarían ocultos en el bullicio de la vida cotidiana. Es un espacio para la introspección, para la reflexión, para el descubrimiento de uno mismo. Para descubrirte a ti.

En ese aburrimiento practico una especie de meditación. Es una oportunidad para estar presente, para estar en el momento. Para observar mis pensamientos y emociones sin juzgarlos, para permitir que fluyan y se desvanezcan como las imágenes en la pantalla. Así que, aunque pueda parecer contradictorio, ir al cine a aburrirme es, en realidad, una forma de buscar la plenitud, de conectar conmigo mismo, de entenderme mejor, de rebuscar en el entorno. Y en ese entendimiento encuentro una especie de liberación. Una liberación del estrés, de las expectativas, de las presiones de la vida cotidiana. Con los años he entendido que me gusta ir al cine a aburrirme, porque así es como encuentro la paz. Y en esa paz encuentro la felicidad.

La felicidad, para mí, no siempre ha sido algo fácil de definir. Al principio, solía pensar que era un estado de emoción desbordante, de euforia perpetua. Pero, con el tiempo, y quizá influenciado por esas tardes en el cine, he llegado a darme cuenta de que la felicidad puede ser algo mucho más sutil, menos estridente. A veces, simplemente, el placer de la quietud, de un momento de paz en el que el mundo parece detenerse por un segundo y te permite ser, sin más.

Así fue como te encontré a ti, en esos momentos de calma. No en un instante de fuegos artificiales o grandes gestos, sino en la quietud de lo cotidiano. En la forma en que nuestras conversaciones, por más sencillas que fueran, me llevaban a rincones de mí que no conocía. O en cómo tu presencia, en medio del ruido de nuestras vidas, traía consigo un silencio que nunca había experimentado con nadie más. Quizá por eso me iba enganchando de ti sin darme cuenta, porque fue tan natural como esa paz que siempre había buscado, incluso antes de saber que la quería.

No fue el típico romance de película que se desarrolla con escenas dramáticas y momentos épicos. Más bien, fue como una de esas tramas que te atrapan lentamente, como la que estábamos viendo, que te dejan pensando mucho después de que los créditos hayan terminado. Una historia que no necesita giros inesperados ni finales impactantes para ser hermosa, porque su belleza está en los pequeños momentos, en las miradas compartidas, en los silencios cómodos. Recuerdo aquella tarde de cine y cómo tu brazo desnudo se rozaba contra el mío, y cómo hacía para que mi cuerpo se acercara a tu butaca y, en un descuido, nuestras pieles se tocaran. No quería forzar nada, pero quería tener-te cerca para que tu olor, que tantas sensaciones provocaba en mí, no desapareciera tan pronto. Lo deseaba tanto que de pronto mi dedo índice fue a dar con tu antebrazo y, suavemente, lo moví hacia arriba, luego hacia abajo, para luego deslizarlo hacia un lado; y vuelta a empezar. Vi que te mordías el labio cuando te iluminó uno de los destellos de la película.

—¿Te gusta?

—Me hace cosquillas, pero no pares —me respondiste

mirándome mientras una leve arruga todavía no muy profunda se te dibujaba en la comisura de los labios.

Seguí así un buen rato, sintiendo cómo el vello se me erizaba mientras mi dedo ascendía y las venas se pronunciaban en el pliegue del brazo mientras bajaba. Cuando me cansé, me apoyé en tu hombro, pero no como lo haría con otras personas; dejé caer la cabeza sobre ti sin llegar a rozarte, pero dejando que sintieras que estaba allí. Tú hiciste lo mismo.

Luego nos fuimos a cenar a aquella azotea, justo al lado del cine, ¿recuerdas? Y ojalá me hubieras lanzado tu flecha envenenada en aquel momento, porque ahora desenvuelvo esos recuerdos que ya no puedo seguir fabricando y me rompo. Solo me quedan los dedos sobre el teclado y recordar aquel día en el que me salvaste, porque para cuando quise darme cuenta, ya estabas en todas partes.

Me acuerdo de las hamburguesas que pedimos como algo que no se iba a terminar jamás. Revolvías la comida en el plato y rebañabas la salsa amarilla que te pusieron en un bol mientras yo trataba de aparentar tu serenidad. He olvidado cómo era la hamburguesa, pero sí recuerdo que estuve muy a gusto. Hablamos de todo sin conocernos de nada. Yo te hablé de mis amigos, tú me enseñaste fotos de los tuyos. Abrimos en canal nuestros entornos con una complicidad que no sé bien de dónde surgió.

Me hablaste de tu trabajo de profesor. Te encantaba y se notaba en cada frase. Cada palabra era una pincelada en el lienzo de la mente, creaba imágenes vívidas y emociones palpables. Me dijiste que aquel día, en el aula, habías explicado la teoría de los números primos. Tu voz era suave, pero desprendía autoridad. Las matemáticas dejaron de ser solo nú-

meros y se convirtieron en un baile elegante de patrones y relaciones.

Y luego estaban tus historias. Siempre tenías una anécdota para ilustrar un concepto. Como aquella vez que me contaste que hablaste de Fermat y de su famoso último teorema. Les hablaste a tus alumnos de su obsesión, de su búsqueda incansable de una prueba. Y cómo, finalmente, Andrew Wiles logró descifrar el enigma después de años de trabajo.

Yo era diferente a ti. Las matemáticas no me interesaban nada y, la verdad, solo quería perderme en mis escritos. Escribir, escribir y escribir, y publicar mi primer libro a finales de año. «Escribir, escribir, escribir.» Era mi mantra. Las palabras fluían como un río desbordante, y yo me sumergía en sus corrientes. Cada página era un mundo nuevo, un universo que creaba y exploraba. No necesitaba números ni fórmulas; mis herramientas eran las metáforas, los personajes y los giros inesperados. La vida misma me sorprendía escribiendo.

Éramos tan distintos a todos los niveles que parecíamos esos extremos que al final se tocan. Yo venía de la casa de la pradera, tú de una historia de crecimiento personal bajo los malos tratos; yo parecía un personaje de una película de Almodóvar, y tú habías crecido en un cuento chino sin ningún tipo de amor ni cariño, en el que el roce era escaso, el sentimiento de pertenencia inexistente y el amor, algo que trataba de florecer entre las espinas de un ramo de cardos. A pesar de nuestras diferencias, había algo que nos unía, una fuerza invisible que nos atraía el uno al otro. Tal vez era la necesidad de encontrar lo que nos faltaba.

Y, de pronto, empezaste a bostezar.

—Perdona, porque cuando empiezo no paro —me dijiste arrugando la nariz—, y no me has dejado dormir siesta.

La siesta: ese breve viaje de ida y vuelta a los brazos de Morfeo en el que recargamos sueños para el resto del día

Al principio, esas inseguridades que poco a poco irían saliendo, me hicieron pensar que te aburría más que un capítulo repetido de *Friends*, pero hiciste lo posible por aguantar mientras te contaba mis proyectos y te sonsacaba más historias sobre el colegio donde dabas clases. Hablamos de mil cosas y en todas notaba tu atención, a pesar de que muchas no las llegaras a entender. Pero eso no importaba. Tu mirada nunca se desviaba, tus oídos nunca se cerraban. Aunque las palabras fueran extrañas, aunque los conceptos fueran abstractos, estabas allí, presente, escuchando.

Era como si cada palabra que decía, cada idea que compartía, fuera un hilo que tejía un puente entre nosotros hecho de silencios cómodos, de risas compartidas y de miradas de entendimiento. Un puente que, a pesar de las diferencias y nuestras frialdades, nos unía, algo que lo descubrimos con el tiempo. En ese puente encontré un refugio. Un lugar donde podía ser yo mismo, sin miedo a que me juzgaran, sin miedo al rechazo. Donde podía compartir mis pensamientos más profundos, mis miedos más oscuros, mis sueños más locos. Y tú estabas allí, al otro lado del puente, escuchando, comprendiendo, aceptando.

Era como si estuviéramos en nuestro propio universo, donde las palabras no necesitaban ser pronunciadas para que se entendieran, donde cada silencio compartido tenía su propio lenguaje. A veces, me encontraba perdido en tus ojos, que parecían contener un mar de secretos y promesas no dichas. Y en esos momentos, sentía que podía ahogarme felizmente en tu profundidad, aunque trataras de ocultarla con frivolidad. Aunque había cosas que no decías y mantenías

ocultas detrás de una sonrisa, siempre supe que estabas luchando tus propias batallas. Pero eso nunca cambió el hecho de que estuvieras allí para mí, dispuesto a escuchar y a entender, esa tarde que podía ser la última o, con suerte, la primera.

Vivías en la otra punta de la ciudad y no te venía de paso dejarme en casa, pero te empeñaste en llevarme. Luego me convertiste en acero con tus besos en aquel coche tan antiguo, yo que siempre fui de gas. Al subir, mientras tratabas de bajar el freno de mano, me advertiste:

—Está que se cae.

Tiraste de la palanca, pero no quería bajar. Empezaste a reírte, yo no lo pude evitar y me reí también mientras me rascaba la ceja tratando de disimular. Tenías razón. Aquel Peugeot gris...

Allí estábamos, dos almas errantes bajo el manto estrellado, cantando a pleno pulmón las canciones que sonaban en la vieja radio del coche. Nuestras voces se mezclaban con la melodía, y creaban una sinfonía de risas y notas desafinadas. Pero no nos importaba, porque en ese momento éramos reyes. Tus ojos brillaban con una luz que nunca había visto antes, reflejando las luces de la ciudad que pasaban como estrellas fugaces. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía una chispa, una conexión que iba más allá de las palabras.

Tus manos estaban sobre el volante, pero cuando una canción llegaba a su clímax, las soltabas y las alzabas al cielo, como si quisieras tocar las estrellas. Y yo no podía evitar reír y unirte a ti, porque en ese momento sentía que podíamos hacer cualquier cosa. Aunque éramos casi unos desconoci-

dos, sentía que te conocía de toda la vida. Porque esa noche, bajo las estrellas y con la música como nuestra única compañía, compartimos más que canciones y risas. Compartimos sueños, miedos, esperanzas y secretos. Compartimos un pedazo de nuestras almas.

Habías tenido una vida complicada, pero con una risa tratabas de minimizar el mal. Me hablaste de tu madre, de tus hermanas, pero jamás de tu padre. Te dolía demasiado para hacerlo, pero eso lo supe después, a medida que fui desgranando tu carácter a golpe de heridas en el mío. Tú, con tu risa que disfrazaba las cicatrices, y yo, arrastrando mi pasado cinematográfico perfecto. Las diferencias entre nosotros eran como las luces y sombras en una película de Wong Kar-wai: intensas, pero también bonitas.

Hablabas sin freno. Yo me mostraba mucho más reservado, pero escuchaba entre tus heridas para descubrir tus cicatrices. Sin darte cuenta o, quizá a sabiendas de que lo estabas haciendo, me contaste la traumática relación de tus padres y cómo había afectado a tu familia. Te negabas a que a ti te afectara de más; no necesitabas ninguna ayuda, decías, pero ¿no es la negación la confirmación del dolor del corazón? Yo creí que te podía ayudar, que podía escalar aquella torre y salir indemne. Era tan joven. Creía que podía con todo.

—¿Nos vemos? —me preguntaste cuando me dejaste en la rotonda de mi casa.

—Eso espero —añadí justo antes de cerrar la puerta del coche con ímpetu y enfilar la calle con mi mochila color vino a la espalda, viendo cómo tu coche desaparecía entre las calles de mi barrio.